Estados Unidos todavía funciona

MICHAEL LIND Periodista e historiador estadounidense.

A quien quiera que lea la prensa seria respecto a la situación en Estados Unidos se le puede disculpar por creer que el país se dirige a una serie de crisis profundas. Esta impresión se exacerba con la recesión económica y las elecciones primarias, en las que los candidatos anuncian planes audaces para rescatar al país del desastre. Pero incluso en épocas más normales existen tres mitos ubicuos sobre Estados Unidos que hacen que el país parezca más débil y caótico de lo que es en realidad. El primer mito, que es principalmente un mito conservador, es que las rivalidades étnicas y raciales están desgarrando a Estados Unidos. El segundo mito, principalmente un mito liberal, es que Estados Unidos será pronto aplastado por fundamentalistas religiosos. El tercer mito, de carácter económico y adorado por los centristas, es que la jubilación de la generación de los sesenta hará que el país entre en bancarrota debido a los costos fuera de control del derecho a la seguridad social.

Por supuesto que Estados Unidos tiene muchos problemas, como los costos de salud en espiral y una disminución de la movilidad social. Aún así, la verdad es que aparte de las fricciones temporales causadas por la inmigración actual desde Latinoamérica, Estados Unidos está más integrado que nunca. La diversidad racial y cultural está disminuyendo a largo plazo, como resultado del éxito del crisol cultural en grupos mezclados a través de la asimilación y el matrimonio interracial, y muchas de las infames patologías sociales del país, desde los crímenes violentos hasta el uso de drogas por parte de los adolescentes, también están viendo mejorías. Los estadounidenses son mucho más religiosos que los europeos, pero la "derecha religiosa" está concentrada entre los protestantes blancos del sur. Y no hay un problema genuino de derecho a la seguridad social en Estados Unidos. El país padece una inflación en el costo de los servicios de salud, un problema que se resolverá de una manera u otra en el futuro cercano, mucho antes de que paralice a la economía en su totalidad. Y los costos a largo plazo de la seguridad social –el programa estadounidense de pensiones públicas– podrán ser enfrentados mediante cortes moderados a estos beneficios o un aumento moderado de la parte del PIB que corresponde al gobierno de Estados Unidos. Con una supermayoría unida lingüísticamente y cada vez más mezclada en términos de raza, así como un sistema solvente de beneficios para la clase media, Estados Unidos seguirá siendo el primero entre sus iguales durante las futuras generaciones, incluso en un mundo multipolar con varias grandes potencias.

Comencemos con la supuesta "balcanización" de Estados Unidos por raza y etnicidad. Casi todo lo que se ha escrito sobre el tema es engañoso, ya no se digan los informes oficiales del gobierno estadounidense. Por ejemplo, un comunicado de prensa de 2004 de la Oficina del Censo de Estados Unidos, basado en un análisis de los datos del censo de 2000, llevaba este título sensacionalista: "La Oficina del Censo pronostica que se triplicarán las poblaciones hispana y asiática en 50 años; los blancos no hispanos disminuirán a la mitad del total de la población". Encabezados así han inspirado a los izquierdistas a declarar que el multiculturalismo es inevitable en un Estados Unidos posblanco, han conducido a los nacionalistas y los racistas a lamentar el supuesto hundimiento del país blanco bajo una avalancha demográfica proveniente del tercer mundo, y provocaron que los europeos se preguntaran si en un Estados Unidos con una mayoría no blanca, el foco de la política exterior se trasladaría a México y Centroamérica, África o Asia.

Sólo que hay un problema: no va a haber una mayoría que no sea blanca en Estados Unidos en el siglo XXI. Y, probablemente, tampoco en el XXII ni el XXIII. El mito de la "mayoría no blanca que vendrá" está basado en un uso erróneo del sistema de clasificación racial arbitrario adoptado en la década de los setenta, que asigna a todos los

estadounidenses las categorías de blanco, negro, asiático, estadounidense nativo o "hispano". De acuerdo con el gobierno, los "hispanos" pueden ser de cualquier raza mientras tengan ancestros latinoamericanos. Así, un argentino-estadounidense rubio y de ojos azules, cuyos padres, de manera misteriosa, aparecieron en Argentina provenientes de Alemania en 1946, es un "hispano", mientras que un musulmán árabe-estadounidense es un "blanco no hispano".

El mito de la mayoría no blanca está basado en el enfoque de lo "hispano" como el nombre de una raza. Sumar a todos los hispanos con todos los negros y los asiáticos permite afirmar que California y Texas ya tienen mayorías "no blancas" y que le seguirá el país en su conjunto durante la segunda mitad de este siglo. Pero si no tratamos a los hispanos como una raza única, entonces el cuadro se ve totalmente diferente. De acuerdo con la Oficina del Censo, la población en 2050 se verá así: blancos no hispanos, 50.1%; hispanos, 24.4; asiáticos, 8; negros, 14.6%, con un pequeño residuo de otras categorías. La porción no hispana de la población disminuirá de 69.4% en 2000 a una ajustada mayoría en 2050.

¿Pero qué pasa si en lugar de agrupar a todos los hispanos juntos (blancos y no blancos), juntamos a todos los blancos (no hispanos e hispanos)? En el censo de 2000, 48% de los hispanos se identificó como "blanco", 2% como negro, 6 como perteneciente a dos o más razas y 43% como miembros de "alguna otra raza". Asumamos, para el propósito de esta discusión, que el patrón de autoidentificación por raza de los hispanos es el mismo en 2050. Si 48% de la población hispana en 2050 se llama a sí misma "blanca" y ese grupo se suma a la categoría de blancos no hispanos, entonces el grupo combinado de blancos no hispanos y blancos hispanos sería de 61.8%. Así, en lugar de la disminución de la población no hispana de 69.4% en 2000 a 50.1% en 2050, habría una reducción más moderada de la mayoría blanca de 74.5 en 2000 a 61.8% en 1050.

Esto incluso subestima la proporción de la población "blanca" en 2050, ya que ignora el matrimonio interracial. Mientras que menos de 10% de los hispanos nacidos en otros países se casan con no hispanos, hacia la tercera generación la tasa de matrimonio con alguien de otro lugar es de la mitad. Si los hijos de hispanos y blancos no hispanos son tratados como blancos, entonces la mayoría blanca en 2050 será incluso mayor. Después tenemos los matrimonios interraciales entre blancos con asiáticos y negros. La tasa de matrimonios interraciales negros, a pesar de que está aumentando, es baja –alrededor de 15%. Ya cerca de la mitad de los asiático- estadounidenses (inmigrantes de India, China y otros lugares) se casa fuera de su "raza" oficial, en su mayoría con blancos no hispanos, y como sea que el gobierno les llame, sus hijos tienden a ser considerados como blancos genéricos. Así que tomemos la mitad de la población asiática en 2050 y añadámosla a la población blanca. Esto aumenta la mayoría blanca a un 65.8% en 2050. Así, ésta es la historia verdadera: la población estadounidense blanca disminuirá de 75% a alrededor de 66%, entre 2000 y 2050. No es para tanto.

Tampoco existe un peligro a largo plazo de que Estados Unidos se polarice de manera permanente entre anglófonos e hispanoparlantes. Entre los hispanos de segunda generación, casi la mitad ya no habla nada de español, mientras que menos de 10% hablan sólo español. Hacia las tercera y cuarta generaciones, los hispanos en Estados Unidos son casi completamente anglófonos. En su tasa de asimilación lingüística se parecen a los inmigrantes europeos de las primeras generaciones. La afirmación de que, en un mundo globalizado y conectado a la red los incentivos para la asimilación lingüística se han debilitado, parece ser falsa, por lo menos en el caso de los hispanos estadounidenses. Y son el único grupo que cuenta a este respecto, ya que todas las demás minorías lingüísticas en Estados Unidos son insignificantes como porcentajes de la población total.

Si juntamos estas tendencias, tenemos una megatendencia que es lo opuesto de la opinión popular: si se eliminan los inmigrantes más recientes, que aún no han sido asimilados, la tendencia a largo plazo en Estados Unidos es hacia una menor diversidad racial, cultural y lingüística. Existen algunas causas de preocupación, especialmente la posibilidad de que el sistema blanco/no blanco dé paso a un sistema negro/no negro, en el que los negros queden excluidos de una definición social informal de "blancura" que incluya a los hispanos y los asiáticos. Sin embargo, el crisol cultural, que mezcla a

grupos anteriormente dispares en un solo grupo, todavía funciona en Estados Unidos. En el siglo XX, el crisol cultural convirtió a los alguna vez distintos angloamericanos, alemanes, irlandeses, polacos, griegos, judíos, italianos y libaneses en "blancos no hispanos" similares hasta el aburrimiento. En este siglo, el crisol cultural estadounidense mezclará a la mayoría de los grupos raciales antiguos y nuevos de hoy en una única mayoría cultural estadounidense angloparlante de ancestros mezclados y europeos en su mayoría.

Así que Estados Unidos no se desbaratará por el lado étnico, como Yugoslavia o Irak. ¿Será tomado por fundamentalistas religiosos? Muchos observadores en el extranjero tienen la impresión de que los estadounidenses cada vez son más religiosos, mientras que los europeos son cada vez más laicos. Esto simplemente no es verdad. Los estadounidenses son mucho más religiosos que los europeos occidentales, pero en Estados Unidos, no menos que en Europa, la tendencia a largo plazo es hacia una mayor secularización.

En un estudio de 2001 sobre las actitudes religiosas, los investigadores de la City University de Nueva York descubrieron que la cantidad de estadounidenses que no profesan ninguna religión había aumentado de 8.16% en 1990 a 14.17% en 2000. Los estadounidenses sin religión son ahora el tercer grupo mayoritario en términos de fe en Estados Unidos, después de los católicos y los bautistas, y su cantidad, alrededor de los 30 millones, es casi tan grande como la de los baptistas, que se cuentan en alrededor de los 34 millones. Además, la cantidad de estadounidenses que aun cuando crean en Dios, no pertenecen a ninguna organización religiosa, creció de 46% en 1990 a una mayoría de 54% hacia 2000, de acuerdo con el estudio.

Cuando el tema es la asistencia anual a la iglesia, más que una vaga creencia espiritual, la brecha entre Estados Unidos y Europa se encoge más. De acuerdo con la encuesta Gallup del milenio sobre puntos de vista religiosos, la cantidad de habitantes de Norteamérica (Estados Unidos y Canadá) que asisten a la iglesia por lo menos una vez por semana es de 47%, comparado con el promedio de Europa occidental de 20%. Y algunos académicos dicen que esta cantidad está inflada, ya que muchos estadounidenses se sienten avergonzados de decir a los encuestadores lo poco que asisten a la iglesia.

De acuerdo con la encuesta de Gallup, la cantidad de estadounidenses que creen que la Biblia es "la verdadera palabra de Dios" ha disminuido de 65% en 1963 a sólo 27% en 2001. Al mismo tiempo, las actitudes de los estadounidenses hacia la homosexualidad, el sexo fuera del matrimonio y la censura están volviéndose, de manera constante, cada vez más liberales. El aborto es la excepción principal; los estadounidenses más jóvenes tienden a oponerse más al aborto que sus mayores. Esto refleja quizá la creciente utilización del ultrasonido por parte de los padres para ver a su prole en el útero, una práctica que podría estar mermando, de manera inadvertida, la distinción que hacen entre fetos y bebés quienes apoyan las leyes liberales a favor del aborto.

Si los estadounidenses se están volviendo menos religiosos, ¿por qué entonces aumenta "el tema religioso" en la vida pública? La verdad es que no está aumentando: siempre ha sido parte de la vida pública. Los presidentes liberales del siglo XX como Wilson, Roosevelt, Truman y Johnson se referían a Dios y a la Biblia y Cristo más a menudo que los políticos conservadores de hoy. Durante la segunda guerra mundial, Franklin D. Roosevelt tendía a utilizar las frases "civilización occidental" y "civilización cristiana" indistintamente. En la Conferencia del Atlántico de 1941, en Terranova, Roosevelt y Churchill se unieron a los marinos ingleses y estadounidenses cantando "Adelante, soldados cristianos", "Oh, Dios, nuestro auxilio en épocas pasadas" y "Padre eterno, fuerte para salvar". Bush y Blair pueden haber rezado juntos, pero nunca hubieran cantado himnos religiosos en público.

La tendencia hacia el secularismo de estilo europeo está más avanzada entre los "estados azules" de las costas. El sur es mucho más conservador. Pero incluso el sur es mucho más secular y liberal de lo que era hace una o dos generaciones. Los políticos sureños religiosos simplemente suenan como los políticos del oeste medio y el noreste de épocas anteriores.

De hecho, la "derecha religiosa" es casi completamente un fenómeno de los protestantes blancos sureños. Es, en la misma medida, un movimiento étnico y regional, que religioso. Ante el movi-

miento a favor de los derechos civiles, los cristianos sureños blancos se identificaron como… bueno, como cristianos sureños. Pero después de la era de los derechos civiles, hablar de "blancos" o "sureños blancos" sonaba demasiado como la retórica de los racistas, de modo que los conservadores sureños enfatizaron la parte cristiana de su identidad (¿no había sido Martín Luther King un ministro cristiano?). Los blancos del sur nunca buscaron otra opción, al definirse en términos étnicos seculares como "escoceses-irlandeses" o "anglo-celtas", ya que como miembros de la mayoría en el sur, y como descendientes de los colonos anteriores a 1776, se consideraban simplemente como "americanos" o "sureños", más que como miembros de un grupo de inmigrantes, tales como los ítalo-americanos o los greco-americanos. De la misma manera, en Gran Bretaña la mayoría inglesa tiende a pensar que los escoceses, galeses e irlandeses son "étnicos", mientras que ellos no lo son. En suma, el lenguaje de la religión en Estados Unidos, al igual que en los Balcanes e Irak, tiene menos que ver con la religión que con la política etnocultural. El conservadurismo religioso de derechas es la política de identidad étnica de los sureños escoceses-irlandeses y anglo-americanos de la antigua Confederación.

A su vez, los populistas del sur y los negros americanos, una mayoría de los cuales vive en el sur, tienen una cosa en común. Puesto que la aristocracia de hacendados sureños –ahora moribunda– dominaba las instituciones políticas, comerciales y educativas seculares, los dirigentes de las comunidades tanto de negros como de blancos pobres tendían a ser pastores protestantes como Martín Luther King y Jesse Jackson –y Jerry Falwell y Mike Huckabee. Y es un error que los de afuera asuman que los fundamentalistas estadounidenses son simples peones de la elite capitalista. De acuerdo con las encuestas, el único grupo tan hostil hacia los grandes consorcios y los grandes bancos como la izquierda radical son los miembros de la derecha religiosa. Cuando Mike Huckabee, el candidato presidencial de Arkansas y antiguo ministro bautista, truena contra Wall Street, es tan serio como Willian Jennings Bryan hace un siglo. (Las ramas blanca y negra del populismo religioso sureño se unieron brevemente en la década de los noventa, cuando los reverendos Jerry Falwell y Jesse Jackson formaron equipo para protestar contra las condiciones de los mineros de las minas de carbón en Appalachia, en su mayoría blancos.)

Entonces, es tan probable que Estados Unidos se convierta en una versión protestante del Irán teocrático como que se vuelva Yugoslavia. Aun así, la opinión popular dice que Estados Unidos está en peligro de entrar en bancarrota y colapso económico como resultado de los inminentes costos de los programas gubernamentales para el retiro de la generación nacida en los sesenta. Pero cuando los alarmistas hablan de la "crisis de los beneficios" en Estados Unidos, combinan dos programas –el de la seguridad social (el sistema de las pensiones públicas) y Medicare (el sistema de servicio de salud público).

El aumento de la seguridad social, como parte del PIB, será modesto hasta finales de este siglo; y cualquier déficit se puede enfrentar con ajustes menores en la forma de pago. Existe un problema importante con Medicare, cuyos costos, si continúan aumentando como hasta hoy, consumirán un 10% adicional o más del PIB hacia mediados del siglo. Pero el problema presupuestal de Medicare es un reflejo de la inflación en el costo de los servicios de salud que está afectando a la economía entera de Estados Unidos, tanto pública como privada. La mala noticia es que no existe consenso respecto de las curas para la inflación en el costo de los servicios de salud, mucho menos para sus causas. Es mucho más fácil ignorar el cáncer en expansión de los costos de los servicios de salud mientras se enfoca uno en el dolor de muelas de la financiación de la seguridad social a largo plazo. Hasta la fecha, los planes de salud de muchos demócratas, y también de muchos republicanos, se han centrado más en la difusión de la cobertura que en el más difícil reto de contener los costos. Pero, eventualmente, podemos estar seguros de que Estados Unidos enfrentará y atenderá la inflación de los costos de los servicios de salud, tal vez por medio de métodos desagradables, como el racionamiento por parte del gobierno, los patrones o los aseguradores.

En comparación con el problema de la inflación de los costos de los servicios de salud, la presunta crisis de la seguridad social es endeble. Las aseveraciones de una "crisis" giran alrededor de

dos fechas: 2017, cuando el excedente de la seguridad social se termine y el programa se convierta en un puro sistema de pago por el uso, basado en una taxación de la nómina anual; y 2041, cuando los ingresos por el impuesto a la nómina no alcancen para los gastos. Incluso en 2041, la seguridad social podrá pagar la mayoría de sus deudas. La crisis, entonces, no es nada más que el hecho de que los impuestos deberán aumentarse o cortarse las ganancias antes de 2041 para complementar un sistema en su mayor parte sólido. (Se ha propagado una gran confusión a causa de la frase "deudas sin financiamiento". Los únicos programas con "deudas sin financiamiento" son aquellos, como la seguridad social, que se pagan con impuestos exclusivos para ello, en este caso un impuesto de nómina. Esto permite calcular las futuras divergencias entre los ingresos por impuestos exclusivos y los gastos. El presupuesto del Pentágono se paga de los impuestos generales, de modo que este concepto es inaplicable.)

El uso de fechas como 2017 y 2041, además, otorga una precisión aparente a afirmaciones que de hecho son extremadamente dudosas. Esto queda subrayado por el hecho de que el gobierno de Estados Unidos revisa con regularidad la fecha del supuesto Apocalipsis de la seguridad social, conforme reconsidera sus suposiciones. Los cálculos "intermedios" en que se basan los cálculos actuales son, casi con certeza, poco realistas. Éstos asumen una baja tasa de crecimiento de la productividad en Estados Unidos a lo largo del próximo medio siglo de 1.7%. Esto es sólo un poco más elevado que el promedio de 1.5% en el largo periodo de bajo crecimiento de la productividad de 1973 a 1995. Pero, de 1996 a 2006, el crecimiento de la productividad de Estados Unidos logró un auge de una tasa anual de entre 2 y 3% en la mayoría de los años. El crecimiento de la productividad se volvió más lento después de 2004, pero más adelante aumentó de repente, en el último cuarto, a 6.3%. Nadie sabe si el relanzamiento del alto crecimiento de la producción en la última década fue algo transitorio o el comienzo de un nuevo patrón. El asunto es que si la productividad de Estados Unidos aumenta a una tasa cercana al promedio histórico de 1945-2008, el cuadro de la solvencia de la seguridad social es mucho más brillante. (Éste no es el lugar para una discusión a fondo sobre perspectivas económicas, pero vale la pena señalar que la producción industrial de Estados Unidos se elevó a cerca de 35% en los pasados diez años, más rápido que cualquier otro país del G7.

Además, lo que los agoreros olvidan decirle al público es que si se quitara el tope a la cantidad de ingreso sujeta a ser gravada por nómina, el resultado sería tal flujo de dinero de los altos asalariados, que los problemas de la seguridad social se resolverían para siempre. E incluso, si se elevaran los impuestos a la nómina de todos los trabajadores, como resultado de un aumento de la productividad, el asalariado promedio de 2050 muy bien podría ganar salarios que, en términos reales, son un 60% más altos que ahora. Como parte de mi ingreso, pago impuestos más altos que mi abuelo, pero me va mucho mejor porque "menos que mucho es más que más que un poco".

Es posible, y en mi opinión probable, que en el futuro el Congreso elegirá introducir ingresos generales al sistema de seguridad social, como una alternativa a elevar los impuestos de nómina de todos los trabajadores. Si ése es el caso, la única pregunta es si la seguridad social es solventable. La respuesta es claramente sí. La parte del gobierno en todos los niveles como porcentaje del PIB es más baja que en casi todas las demás democracias industriales. En Estados Unidos, el gasto del gobierno en todos los niveles –federal, estatal y local– como parte del PIB flota justo por encima de 30% (a pesar de gastar unos impresionantes 626 mil millones de dólares en gastos militares en 2007, alrededor de 22% del presupuesto federal). En comparación, el promedio de la EU-25 fue de 47% en 2005. Un 2% adicional del PIB puede añadirse a la seguridad social durante el próximo medio siglo sin alterar la posición de Estados Unidos como una de las economías menos controladas por el Estado en el mundo.

De hecho, ya antes la generación nacida en los sesenta había provocado un aumento en los gastos del gobierno de Estados Unidos –cuando eran niños. En los 25 años de 1950 a 1975, los gastos en educación pública (en Estados Unidos, una responsabilidad local y estatal) se elevaron de 2.5 a 5.3%. Lo que cuenta no es la proporción de trabajadores por jubilado –que habrán pasado de 18 a 1 en 1950 a un poco más de 2 por 1 en 2050–, sino la proporción de dependientes por trabajador, con los dependientes definidos como niños menores

de 20 y jubilados mayores de 65. La proporción de dependientes por trabajador será menor en 2050 –80 por 100– de lo que era en los años sesenta, cuando había 90 dependientes por cada 100 trabajadores debido a que menos mujeres trabajaban y existía una gran legión de niños nacidos en los sesenta. Es más, los trabajadores estadounidenses en 2050 serán mucho más productivos de lo que eran en la década de los cincuenta.

Excluyendo las catástrofes, Estados Unidos en 2050 estará mucho más integrado en términos raciales; cultural y lingüísticamente será bastante homogéneo; y será mucho más rico, fácilmente capaz de poder pagar la seguridad social y servicios de salud decentes. Y en parte como resultado de su unidad y prosperidad, Estados Unidos continuará siendo una potencia importante, aunque no una hegemonía solitaria.

El surgimiento de China, India y otras potencias asiáticas está ciertamente cambiando el equilibrio de la riqueza y el poder global. En este punto la opinión popular es la correcta. Pero el relativo surgimiento de Asia será a expensas de Europa, cuya parte del PIB disminuirá, principalmente porque su población será estable o estará reduciéndose. No es que las proporciones relativas sean tan importantes. Los europeos de 2050 serán todavía mucho más ricos que los chinos y los indios en el ingreso por cápita y, gracias al aumento de la productividad, mucho más ricos que los europeos de hoy también. Según Goldamn Sachs, la parte del PIB global del TLCAN (Estados Unidos más México y Canadá) en 2050 será de 23%. Esto se acerca a la parte de Estados Unidos del PIB global en 1960 (26%) y en 1980 (22%). Y el ingreso per cápita en Estados Unidos será mucho más alto que en China e India en el siglo XXII, si no es que más adelante.

¿Por qué existe una brecha tal entre la opinión popular respecto al futuro de Estados Unidos y las tendencias actuales? Parte de la respuesta tiene que ver con la tendencia al sensacionalismo que afecta a los medios de comunicación comerciales. Otro factor es la distorsión de los hechos por parte de intereses especiales. Por ejemplo, el mito de la crisis de la seguridad social ha sido propagado por gente, entre otros, en la industria de los seguros que quisiera ver privatizado este exitoso programa de pensiones públicas.

Estados Unidos está enfrentando retos importantes, pero no son los que por lo común se identifican como tales. La balcanización racial y lingüística a largo plazo puede no ser un problema, pero las divisiones de clase en Estados Unidos se están endureciendo; hay ahora menos movilidad social en Estados Unidos que en Europa. Estados Unidos no está en peligro de convertirse en una teocracia, pero está en peligro de convertirse en una plutocracia. La seguridad social no amenaza con llevar a EsU a la bancarrota, pero la inflación de los costos de los servicios de salud sí. El país no será eclipsado en ningún momento cercano por otra superpotencia, pero puede agotarse al permitir que sus compromisos excedan los recursos que el público está dispuesto a asignar a la política exterior. Mientras más pronto se descarten los problemas míticos, más pronto se podrán identificar y abordar los retos genuinos para el futuro de Estados Unidos.

© *Prospect*, febrero de 2008.

Traducción: Martha Donís.